

EN EL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE DON MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN

# Carta abierta a un buen Pastor

Querido don Marcelo: Espero que nadie se moleste si no comienzo esta carta abierta con el tratamiento que le correspondía a Ud. en este mundo como arzobispo y cardenal de la Santa Iglesia Romana. En la morada definitiva no hay formas y tratamientos humanos porque allí Dios «lo es todo en todos» (Ap 15,28). Pero me parece verle con su mirada indagadora detrás de las gruesas gafas de siempre, pero mostrando su más amplia sonrisa en los labios y con una mano abierta hacia arriba como cuando pronunciaba la homilía o un sermón de campanillas, o cuando tomaba la palabra en las más inesperadas circunstancias. Quienes tuvimos la gracia de conocerle y recibir de Ud. no pocas demostraciones de bondad y apoyo, hemos celebrado el centenario de su nacimiento con añoranza y emocionada veneración hacia su persona como hombre y como cardenal primado de España. Villanubla, Comillas, Valladolid, Astorga, Barcelona, Toledo y Fuentes de Nava representan las sucesivas etapas de su vida que merecen ser recordadas y cuya plena fecundidad solo conoce el Señor.

Sin duda la participación en el Concilio Vaticano II fue uno de los mayores y más ilusionados acontecimientos de su vida cuando Ud. era todavía un joven obispo que empezaba ya a ser apreciado como pastor del mismo modo que lo había sido desde tiempo atrás como ministro de la palabra. Usted dijo una vez del referido Concilio: «Asistí y participé en el Concilio, desde el primero al último día de su celebración. Era uno de los obispos más jóvenes en el Aula conciliar... Fui al Concilio con el alma llena de anhelos de

renovación y aun de reforma, comunes a tantos obispos que así lo habíamos sentido durante nuestro ministerio sacerdotal, en contacto muy estrecho con las necesidades y reclamaciones de nuestro tiempo, no solo el de la sociedad española de aquellos años».

«Pauperes evangelizantur» fue el lema que Ud. escogió para su episcopado, ejerciendo este ministerio no solo en los púlpitos o ambores de las iglesias sino desde el ring de un Palacio de deportes. De esa fecunda dedicación dan fe los 11 volúmenes publicados por el «Estudio Teológico de San Ildefonso de Toledo» prologados por eminentes cardenales de la Santa Iglesia -entre ellos el futuro Benedicto XVI- y uno escrito con especial cariño por quien fue su obispo auxiliar durante varios años, Mons. Rafael Palmero. Servicio igualmente inestimable, para que le recordemos a Ud. los que tuvimos el gusto de conocerle y para que los más jóvenes le conozcan también, es el que ha venido realizando con competencia y generosidad don Santiago Calvo. El Señor se lo premiará a ambos.

Permítame en confianza, dada la limitación de espacio de esta carta, recordar y agradecer algo que me toca muy de cerca y es lo que hizo Ud. en favor de la renovación litúrgica en España en calidad de presidente de la Comisión Episcopal de Liturgia desde febrero de 1981 hasta 1990. Apenas elegido para esa misión y deseoso de llevarla a cabo con la mayor eficacia y como expresión de su profundo amor a la Iglesia, tuvo Ud. el gesto de convocar en Toledo a un grupo

de delegados diocesanos de liturgia entre los que yo me encontraba. Ud. nos cautivó ya entonces como hizo más tarde en las sucesivas Jornadas Nacionales de Liturgia que siempre presidió así como en otros encuentros. Aquella fue una etapa muy fecunda contribuyendo a dar un fuerte impulso a la pastoral litúrgica.

Para usted la liturgia era fuente de vida y de espiritualidad cristiana y por eso la tuvo muy presente en las Semanas de Espiritualidad que organizó en Toledo dedicando también, de manera expresa, tres de ellas, las de 1978, 1985 y 1986. Como presidente de la Comisión Episcopal de Liturgia convocó y presidió las Jornadas Nacionales de Liturgia desde 1982 hasta 1989 cuidando de que tratasen temas renovadores y estimulantes tanto desde el punto de vista espiritual como pastoral. Era, sin duda, el mejor modo de animar la renovación litúrgica para que la reforma emprendida por el Concilio no se quedase reducida a un cambio en las formas externas. En este sentido su palabra, siempre elocuente, obedecía al convencimiento de que aquellos encuentros, bien organizados y desarrollados, tenían un efecto multiplicador por las diócesis españolas.

Muchas gracias, querido y añorado don Marcelo, maestro y pastor y no solo hijo de la Santa Madre Iglesia, por su testimonio. Confío en que su ejemplo seguirá siendo estímulo y ayuda, ahora desde la estancia que el Señor prometió a sus servidores fieles y constantes.

✠ JULIÁN, Obispo de León  
Presidente de la C.E. de Liturgia

